

## PALABRAS DESPUÉS DE LA SOSIEGA

(*La poesía de Juan López-Carrillo*)

### I

Han sido muchas las jornadas vencidas y muchos también los años que se fueron desde aquel entonces, cuando Juan López-Carrillo iniciaba su andadura literaria colaborando en un poemario colectivo, **Pasión primera**, que fue empresa común y punto de referencia inevitable para quienes, desde aquel puerto, navegamos literariamente hacia un incierto futuro. Corría el año 1984 y eran tiempos de luz y de esperanza —*ay, noches de la locura, noches de "color salmón", juegos de vida y de muerte, comisaría y alcohol*—, cuando nuestro dios aún no había finalizado el mundo y todo era nuevo y distinto y era menester probarlo todo no fuera a ser que, por desidia, faltase condimento a la existencia. Desde aquel **Pasión primera** Juan López-Carrillo no ha abandonado nunca el amparo de la poesía —o, como diría Félix Grande, la poesía, desnuda amante fiel, no ha abandonado nunca a Juan López-Carrillo—, han sido años dedicados a una labor intensa y espaciada, asombrosamente lenta, la tarea de forjar una atalaya de palabras desde donde contemplar el mundo con mirada de luz y de tristeza, de ironía cruel o ternura desolada. El fruto de ese trabajo se ha ido diseminando, con precisa medida, en algunas revistas literarias —la inevitable **Et Cetera**, por ejemplo—, lejanas antologías —**Homenaje a Vicente Aleixandre** (1986)—, hojas volanderas o colaboraciones puntuales en libros de poetas amigos —**Ceremonias de paso** (1992), de Alfredo Gavín, tenía como pórtico un poema de Juan— hasta que, finalmente, se ha decidido a dar a los brazos de la estampa un primer libro que es, sin embargo, un libro ya de madurez, porque en **Los años vencidos**, como en el buen vino, descansa el poso de la mejor añada, el sabor hondo de los aromas que pervivirán en el recuerdo.

Reúne **Los años vencidos** cuarenta y tres poemas aparentemente diversos, se diría un poemario misceláneo, mas no es otra cosa

que apariencia que esconde una estructura trabada, donde los distintos poemas entretejen una arquitectura poética envolvente, circular, en la que principio y final, alborada y crepúsculo, son uno y lo mismo; así el poema inicial, *Qué voz tan dulce...*, y el último poema, *Tantos años...*, reflejan la misma mirada del hombre sobre el mundo, presidida por la misma melancolía, una mirada que no puede ocultar el regusto amargo de la derrota. Es **Los años vencidos** un libro que gira en torno a tres grandes temas, que prefiguran el mundo poético de Juan López-Carrillo y que se anticipan en las citas que a modo de atrio se ofrecen al lector: el tema del amor, en los versos de Gabriel Ferrater; la intención poética, en el texto de Félix Grande; y la actitud del hombre ante el mundo, en las citas de Ramón Oteo y Alfredo Gavín (¡qué bien resumen los dos últimos endecasílabos, espléndidos, del terceto de Ramón Oteo la imagen que se trasluce entre los versos de López-Carrillo: *Y ser en el dolor un soberano/ que muestra su indigencia y su ternura*). Estos tres núcleos temáticos adquieren, lógicamente, tintes distintos y matices diversos a lo largo del libro, y, a su vez, se entrelazan y funden contribuyendo a dotar al poemario de esa unidad esencial, que se esconde en su estructura profunda.

## II

*La palabra —patria última, única bandera—  
imagina el recuerdo de amor de un tiempo ya perdido  
que jamás podremos revivir: invención de la memoria  
hundida en un pasado inexistente.*

El amor, en **Los años vencidos**, se contempla desde la distancia de un presente que rememora un pasado revivido como feliz. La dicha del pasado implica la desolación del presente, la destrucción de un mundo que el amor podría —siempre condicional— haber construido. Pero todo fue tan sólo posibilidad y el tiempo se ha encargado de transformar el fracaso en añoranza, melancolía de una arcadia inexistente transmutada ahora en literatura. Desde esta perspectiva se construyen la mayoría

de los poemas del libro que podríamos calificar como amorosos, asumiendo el riesgo que implica utilizar este adjetivo en una poesía como la de Juan López- Carrillo, en la que no hay nada químicamente puro, y entiéndase como un halago, y el amor limita al norte con el vivir de cada día, al sur con la nostalgia y la memoria, y oriente y occidente le rodean con versos y palabras de prestado; mas la sensación última es siempre la misma: *Entregarte lo que no fui/ sabiendo ya que nada es mío*. Así el poeta puede escribir *la ilusión se marchita y niega/ porque sé que el amor existe/ pero poco,/ muy poco tiene que hacer a nuestro lado*. O contrastar un tiempo que el recuerdo imagina de pasión sin reserva, de labios que se besan y cuerpos entregados al don de la alegría, con un tiempo sin forma en el que **me nombra por siempre la tristeza**. Esta es la verdad última, aunque a veces se disfrace de juego y desenfado, de ironía y de distancia. No es más que un artificio necesario que juega a confundir, y eso ya lo sabía Blas de Otero.

Pero no es la única perspectiva, con ser la principal, desde la que se contempla el amor en **Los años vencidos**. Poemas hay que son juego de amor, vivido o literario: el poema *Ayer por la noche la vi...*, por ejemplo; poemas en los que el amor y la literatura se confunden, situándose en ese límite impreciso entre la vida y la palabra donde habitan los poetas: *Aquel poema/ que le dediqué/ me dice que lo guarda/ debajo de su almohada...* o *Te prometí/ cinco mil años/ de gloria literaria/ y que tu luz brillaría/ con la misma intensidad/ con que brillan/ los versos sobre Laura/ la amada Laura del Petrarca*, o ese espléndido poema VI en el que lengua y existencia se funden en simbiosis fecunda, alentada por el perfume del amor; también hallamos poemas en los que el tópico amoroso es tan sólo contraste de una afirmación vital, de una toma de posición ideológica, buena muestra de ello es el poema XXVII, que a mí me evoca la socarronería del inolvidable Georges Brassens en *La mauvais réputation* y —es apreciación subjetiva y personal: la magia connotativa— aquellas palabras de Gustave Flaubert que recogía Juan Marsé: *Todas las banderas han sido tan bañadas de sangre y de mierda que ya es hora de acabar con ellas*.

### III

*La palabra –saeta de fuego, piedra de honda–  
nos salva del naufragio inevitable de la vida  
como caricia alada de una vieja petenera  
o grito desgarrado de la seguriyya más honda.*

Un buen número de poemas, alrededor de una docena, prácticamente una cuarta parte de los que componen el libro, se dedican a la reflexión poética o tienen como centro nuclear motivos literarios. Poesía sobre la poesía misma, metapoesía, poética... en definitiva, como Sísifo, un ir y venir constante para llegar siempre al mismo sitio, al convencimiento de que cuando todo se acaba sólo nos queda la palabra: *La poesía y su escritura/ como un espacio posible del presente/ me ayudan a sobrevivir/ y me hacen llevaderas/ las circunstancias triviales de mis días:/ lírica materia/ para silogismos laborales.*

Juan López-Carrillo se mira a sí mismo –los poetas acostubran a mirarse siempre a sí mismos– igual que mira el mundo: desde un distanciamiento irónico que raya, a veces, el cinismo, aunque, como en los versos de Rubén –*si hubo áspera hiel en mi existencia/ melifícó toda acritud el Arte*–, la palabra poética es bálsamo que suaviza las escaras; ese distanciamiento propicia que puedan contemplarse los versos propios, *Néctares,/ ambrosías líricas,/ feraces frutos míos/ que de continuo exponen/ la salud del incauto catador al peligro*, con auténtico asombro, con ajena extrañeza, con esa media sonrisa de desprecio y de burla que esconde, sin embargo, como en las viejas películas de Bogart, la inmensa ternura de un hombre desvalido. Sólo así, haciendo del poema pluma al viento, trivializando seriamente el poema y su escritura, es capaz López-Carrillo de verter sobre sí la misma ironía con que contempla la realidad circundante: *Con mejor pie/ me desenvolvería en el mundo de la lírica/ si haciendo caso/ al llamado sentido común de la gente/ dejara de escribir versos/ parecidos a los que escribo/ o dejara –simplemente–/ de escribir toda clase de versos.*

La escritura es labor necesaria, inevitable tarea –*Si no escribo/ deja de asistirme la razón*–, pero nunca sufrimiento atormentado. El poeta escribe gozoso porque la escritura, y él lo sabe, le absuelve generosa del pecado

absurdo del vivir cotidiano. Poco importa que alguna vez se quede desvelado, cansado y sin respuestas, ante la crueldad de una página en blanco, poco importa, porque, y también lo sabe, *nunca se dejó de amar en La Habana*.

Hay también algunos poemas y, sobre todo, referencias puntuales en muchos de ellos, que contribuyen a delimitar el universo literario y artístico en que se mueve el autor de **Los años vencidos**: títulos –**Hijos de la ira, Soledades, Palabras para Julia**...–, nombres propios –Gabriel Celaya, Emilio Alarcos Llorach...–, espacios mágicos como el de esa librería de viejo donde *descansan recogidos/ el frío y el calor;/ la nostalgia de los cuerpos,/ la nostalgia de la vida*,... Y, fuera del ámbito literario, alusiones varias al mundo de la música, que van desde la deformación esperpéntica del poema *Sentado y aburrido*... hasta la alusión enamorada, en el último poema del libro, a su coleccionismo melómano de grabaciones de jazz, blues y, especialmente, flamenco; no es gratuita la referencia al gran José Menese ni tampoco ese desesperanzado *ni sabrás cantar por alegrías*, del poema final, porque el flamenco –y Juan roza ya la distinción de los cabales– es una actitud ante el mundo que tiñe la voz y la mirada de desesperación y sangre, de alegría y pasión, y eso se nota, incluso en una poesía como esta, alejada rotundamente del tono y los metros del canto que enamorara a Federico García Lorca.

#### IV

*La palabra –materia ígnea y genesíaca–  
construye el mundo desde la imperfección de la realidad,  
una realidad tejida a base de carencias  
que delimitan el corazón del hombre.*

El tercer gran tema poético que se manifiesta en la poesía de Juan López-Carrillo es el de la actitud del hombre ante el mundo. En **Los años vencidos** se nos ofrece una cosmogonía crepuscular, de indudable trasfondo acibarado, que ni siquiera la ironía, recurso omnipresente en el poemario, puede disimular. Es un amargor que emana de la imperfección

misma de la realidad, que el poeta vive y contempla, en el poema, sin afán alguno por recomponer sus carencias. No es aquí la poesía, como en otros tantos casos, instrumento de idealización, lente desenfocada que estiliza la deformidad. Los versos de López-Carrillo se sostienen sobre un universo en trance de ruina, un mundo en franco deterioro en el que se asienta la única verdad irremediable: la absoluta y dolorosa soledad del hombre. La soledad —*A quién podrá importarle hoy/ mi presencia gloriosa por el mundo*— que a veces se digiere envenenadamente —*pero siento y vivo/ al final de esta jornada/ la apoteósica culminación del odio*— o que, como en el magnífico poema inicial, provoca la búsqueda desesperada de un asidero que sea atisbo de salvación: *Qué voz tan dulce,/ suave y cálida,/ la de esta mujer que me reclama/ el pago del olvidado crédito (...)* *La máquina implacable de la banca/ procede a su tarea/ y una voz anónima me salva/ de la soledad y el abandono/ por el precio/ de unos intereses de demora.*

Hay un importante componente autobiográfico en los poemas que componen **Los años vencidos**; no ha querido el poeta escapar de la anécdota, huir de la referencia puntual e inmediata que hace, paradójicamente, que el poema trascienda, porque también aquí —y algo similar apuntábamos ya antes— vida es igual a poesía y poesía es igual a vida. Es por lo tanto una biografía literaria, y por esencia apócrifa, y es una poesía vivida, y por esencia verdadera. *Quien iba a decirme/ que acabaría en la construcción de una funeraria...*, *Mucho tiempo llevo en el paro/ y la necesidad aguzó el ingenio...*, *De nuevo un cambio de trabajo/ y de nuevo me situó/ detrás de un mostrador...*, aquí y allá, desperdigados, se ofrecen al lector pinceladas de vida que limitan lo evanescente del poema, que nos sitúan en un ámbito literario en el que es posible que una jeringuilla, con desencajada punta sangrante, rasgue el aire, en una realidad *sin concesiones/ perdón/ o miramientos.*

y V

La poesía de Juan López-Carrillo es poesía del yo, en la que la subjetividad del poeta es la medida que escantilla el mundo, las horas y los días, esos años vencidos que dan título al libro; el yo en monólogo de soledad, el yo en diálogo íntimo con sus más hondas pasiones, el yo

frente a un tú que puede representar a la mujer amada –tantas veces, como en el tópico medieval y romántico, amada enemiga–, la presencia de la amistad –sirva como muestra el poema IX–, o la realidad cotidiana de libros, temores y esperanzas.

Esta individualidad se manifiesta, sobre todo, a través del lenguaje. López-Carrillo ha conseguido forjar una lengua poética propia, fácilmente identificable, que le define y singulariza entre los innumerables poetas que surgen, en epidemia endémica, en el panorama actual de la literatura española. En **Los años vencidos** se mezcla sabiamente el tono coloquial y narrativo con destellos afilados de deslumbrante lirismo, como se mezcla –y hay una clara equivalencia entre lenguaje e intención poética– la acedia del sarcasmo con la ternura del fracaso; esa amalgama fecunda, que dota de significado especial a las palabras y que verdea en imágenes insólitas, es probablemente la clave de la personalidad poética de su autor.

Los poemas que integran **Los años vencidos**, aunque es indudable que arrancan de la vivencia personal, real o literaria, del poeta –¿acaso no tiene siempre la poesía ese mismo punto de partida?–, están más allá de la llamada poesía de la experiencia, porque la recreación poética de la realidad camina por otros senderos bien distintos. Caminos que tienen que ver con el corazón y el sentimiento, con la luz de la mirada y lo umbrío de la pena.

Estamos ante una poesía grave que se ofrece ligera y aromada, una poesía severa que se tiñe de ironía y de distancia, una poesía honda que se disfraza de anécdota y faloria. Estamos ante una voz que hiere y acaricia con palabras que dejan en los labios el perfume del vaso en la sosiega.

Ramón García Mateos